

DISTINCIONES ACADÉMICAS

En el año 1942 recibí la más alta distinción a que podía aspirar, en su patria, un médico cubano de aquella época. Fui designado Académico Correspondiente Nacional de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.

Preparé con todo esmero mi trabajo de ingreso que versó sobre una malformación ósea denominada «condrodisplasia hereditaria deformante», con presentación de cuatro casos, tres de ellos pertenecientes a una misma familia (padre y dos hijos).

Hasta entonces no aparecía ningún caso de esa enfermedad descrito en la literatura médica cubana.

Al publicarlo los *Anales de la Academia de Ciencias*, omitieron, por falta de crédito, las ilustraciones correspondientes a las radiografías, que eran muy numerosas.

Posteriormente, publiqué el trabajo profusamente ilustrado en nuestra revista matancera *Médica* y remití, en hojas sueltas las reproducciones de las radiografías, que *Anales de la Academia de Ciencias* distribuyó en su siguiente número.

De este trabajo hice una *Separata* que distribuí ampliamente entre profesionales e instituciones médicas a las que habitualmente, no llegaban las publicaciones en que el trabajo había aparecido.

Declaro, modestamente, que me sentía fuera de lugar cuando ocupaba uno de los sillones de la Academia y pensaba que en él podían haberse sentado tantas figuras próceres de nuestra medicina y de otras ciencias.

Sin remontarme a los gloriosos representantes de pasadas generaciones, me resultaba raro encontrarme a un mismo nivel, por lo menos, reglamentariamente, de José A. Presno, Francisco Domínguez Roldan, Octavio Montoro, Alberto Recio, Ricardo Núñez Portuondo y tantos más.

En el campo de la radiología, que fue mi dedicación médica preferente durante los últimos veinticinco años de mi ejercicio profesional,

recibí algunas distinciones de sociedades radiológicas extranjeras y de una organización internacional.

En 1947 fui designado miembro correspondiente de la Sociedad Colombiana de Radiología.

En 1949 fui admitido como miembro titular del Colegio Interamericano de Radiología y en 1951 recibí el nombramiento de Socio Honorario de la Sociedad Radiológica Panameña.

Claro está que me doy cuenta de que estas distinciones no eran a causa de que mi fama de radiólogo llegara a Panamá y a Colombia. Algún que otro trabajo mío, aparecido en una publicación cubana, pudo haberme dado a conocer entre los colegas extranjeros. Pero, quizás, más influyó en esas designaciones el contacto personal establecido con destacados miembros de las Sociedades Radiológicas de los mencionados países durante la celebración en La Habana, en el año 1946, del Congreso Interamericano de Radiología.

En el establecimiento de estas relaciones puede haber influido el hecho de haberme designado mi viejo amigo y compañero de estudios, Pedro Fariñas, presidente del congreso, para pronunciar el discurso de clausura del mismo.